



Ignacio Ellacuría S.J. (1930-1989)

Memoria: 12º aniversario  
de los mártires Jesuitas de El Salvador

# el martirio de la teología

comprometido con la paz es su patria, unos desde el campo psicológico, otros desde las escuelas populares de la fundación "Fe y Alegría", otros desde la teología, la comunidad jesuita puso su capacidad, que era mucha, al servicio del pueblo.

Pero los modelos de injusticia no funcionan sin represión, porque son modelos violentos y necesitan que la violencia les dé sustento. Por eso no hay nada más subversivo para estos que quienes se comprometen activamente por la paz y la justicia. Porque les sub-vierte los cimientos, los da vuelta, los aniquila. Y entonces, en la pura lógica de la violencia, es preferible que mueran ellos y no que se muera "nuestro modelo de vida".

Así, un 16 de noviembre de 1989 los 6 jesuitas amanecieron salvajemente asesinados. Junto con ellos, dos mujeres de pueblo, Elba y Celina, madre e hija, que trabajaban en la limpieza de la casa y prefirieron dormir allí porque "era más seguro" ya que la noche había empezado difícil.

Era necesario acabar con ellos, porque no decían sólo "palabras", sino porque decían "palabras vivas", porque eran palabras encarnadas, porque hacían y eran teología. Y esa teología, por ser verdadera, desenmascara a los que en nombre de Dios, adoran ídolos de poder y dinero, de violencia y muerte. Porque no hicieron "teología de escritorio" pudieron ver que Dios no estaba en los poderosos y violentos, por más que se llamaran "occidentales y cristianos", y porque hicieron teología "desde el lugar del pobre" desenmascararon a los que en realidad son seguidores de ídolos de muerte. Y porque quedaron desenmascarados, no les quedó sino seguir con su violencia.

Sin embargo, su muerte no fue en vano. Porque eran creyentes, creían que la vida y no la muerte tiene la última palabra. Y a la violencia le siguió el comienzo de la paz. Paz que es ardua, porque no ha terminado la injusticia, pero que se debe construir en el día a día de la lucha por la justicia. La última muerte desenmascaró a los violentos y quedó claro dónde estaba Dios en esta historia, y dónde los seguidores de la injusticia y la muerte. La muerte martirial podemos leerla como una palabra de Dios que nos deja claro dónde está la ortodoxia, y donde los ídolos. Los mártires empezaron un camino por la justicia y por la paz, camino que debemos andar y edificar. De mártires, muertes, Dios e ídolos, injusticia y búsquedas también los argentinos sabemos bastante y en estos que recordamos podemos encontrar también un espejo.

El Salvador fue durante años un país en guerra. Una guerra que nació de la violencia de la injusticia, y las respuestas de organizaciones populares después. A lo largo de muchos años de esta creciente espiral de violencia (Helder Cámara) la Iglesia salvadoreña mostró su fidelidad al proyecto de Jesús en una enorme cantidad de mártires: mártires campesinos, mártires catequistas, mártires niños y ancianos, mártires amas de casa, mártires curas y mártir obispo. Fue precisamente este gran obispo latinoamericano, mons. Romero, el que marcó un hito en la guerra. Y no lo marcó matando o conquistando, sino dando la vida. Hay tres momentos importantes de Romero antes de su muerte que quiero señalar brevemente: una carta al presidente de los EEUU pidiéndole que no venda más armas al gobierno salvadoreño porque eran usadas para matar salvadoreños, una carta pastoral sobre la violencia, dejando muy claro los diferentes tipos de violencia que afectan la sociedad, y una brillante conferencia al recibir el doctorado "honoris causa" de la Universidad de Lovaina, Bélgica, donde dejó muy claro -influenciado por Ignacio Ellacuría- que en El Salvador hay "un pueblo crucificado", y que si antes se decía que "la gloria de Dios es el hombre que vive", en el Salvador hay que decir que "la gloria de Dios es el pobre que vive". Romero fue matado el 24 de marzo de 1980 porque su palabra molestaba a los violentos de la injusticia y la represión. Todo parecía indicar, como suele pasar en estos casos, que la muerte había ganado la batalla. Pero todavía tenía preparado su último zarpazo, precisamente el zarpazo que le quitaría toda su fuerza.

"Desde mons. Romero nadie ha hablado más claro en el Salvador que Ignacio Ellacuría" afirmaba la gente sencilla. Ellacuría era un jesuita vasco que desde hacía casi una eternidad vivía en el Salvador. Era rector de la UCA, Universidad Centroamericana, y era el director de la Revista Latinoamericana de Teología, claramente comprometida con la Teología de la Liberación. Aunque Ignacio era más filósofo que teólogo, y estaba trabajando en la publicación de las obras completas de su maestro Xavier Zubiri. Con toda la comunidad jesuita estaba claramente

P. Eduardo de la Serna